

JORDI SEVILLA

VETOS, PINZAS Y ERRORES

**¿POR QUÉ NO
FUE POSIBLE
UN GOBIERNO
DEL CAMBIO?**

De Rajoy a Rajoy: un relato
de primera mano de las
negociaciones entre PSOE,
Podemos y Ciudadanos



DEUSTO

Índice

- Portada
- Cita
- Introducción. De Rajoy a Rajoy, pero llevándose al PSOE por delante
- Primera parte
 - Capítulo 1. De la noche electoral del 20D a la espantada de Rajoy (enero de 2016)
 - Capítulo 2. El primer debate de investidura (febrero y marzo de 2016)
 - Capítulo 3. La segunda tanda de negociaciones (abril de 2016)
- Segunda parte
 - Capítulo 4. «No es no» (de junio a agosto de 2016)
 - Capítulo 5. Donde dije digo... (septiembre y octubre de 2016)
- Epílogo
- Agradecimientos
- Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Habr  un día en que todos, al levantar la vista, veremos con incredulidad estos tiempos donde ocurrieron cosas que nunca debieron ocurrir.

JORDI SEVILLA

Introducción

De Rajoy a Rajoy, pero llevándose al PSOE por delante

Desgarro. Como muchos ciudadanos, y como seguramente todos los socialistas, yo también me he sentido desgarrado y frustrado por los hechos que se recogen en estas páginas al ver cómo la ilusión de un cambio —no sólo de gobierno, sino también de forma de hacer política— que había salido de las urnas tras las elecciones del 20 de diciembre de 2015 ha terminado, diez meses, tres investiduras y otras elecciones después, en un nuevo gobierno Rajoy que además esta vez no cuenta con una oposición clara en el Parlamento.

Lo que debió de ser una fuerte presión sobre Rajoy para su retirada tras los escándalos de corrupción de Bárcenas, Gürtel, Taula, Púnica, etcétera, y tras la pérdida de la confianza de más de tres millones de votantes, se acabó transformando en una fuerte presión sobre el joven y recientemente elegido líder del PSOE Pedro Sánchez, hasta forzar su salida en medio de una reunión del Comité Federal del partido que culminó una semana para olvidar.

Las circunstancias me han colocado en un lugar privilegiado para seguir este proceso extraordinario y sin precedentes en nuestra historia democrática, que algunos, sin duda para borrar sus huellas, querrían despachar rápido mediante el olvido o tres consignas engañosas. A quienes sólo busquen culpables, les aconsejo que no pierdan el tiempo con este libro. Creo que la historia no es una cuestión de buenos y malos y que los asuntos complejos no tie-

nen explicaciones sencillas. Además, sigo siendo de los que creen que entender los acontecimientos pasados es fundamental para evitar que se repitan. Los políticos toman decisiones en contextos llenos de dudas e incertidumbres, sometidos a presiones variadas, a menudo de sentido contrario. Y cada paso que dan condiciona el siguiente, ya que el horizonte se mueve y hay puertas que se cierran y otras que se abren donde no las esperábamos. Los buenos políticos, además, crean espacios con su actuación donde nadie los veía posibles, porque para ellos la realidad no es algo dado, sino algo que se construye día a día. Aplicado a este caso y desde esta perspectiva, creo que tiene interés contar todo el proceso en el que he participado.

* * *

Tenemos en España el gobierno más frágil de todo nuestro período democrático. Nunca antes el partido que apoya al presidente había tenido menor representación parlamentaria que ahora; nunca antes habíamos tenido un presidente que iniciara una legislatura (la segunda) con una valoración ciudadana tan baja; nunca antes habíamos tenido que recurrir, incluso forzando una importante ruptura interna, a la abstención del primer partido de la oposición para investir presidente, paradójicamente, con el menor número de votos en contra, de la democracia.

En nuestra reciente democracia nunca había habido un candidato que renunciara a la propuesta del rey de formar gobierno, tampoco nunca habíamos vivido en España una investidura fallida a la presidencia del gobierno. Tuvimos una investidura sin debate (la primera de Suárez, en 1977, antes de la Constitución), otra interrumpida por un intento de golpe de Estado (la de Calvo Sotelo en 1981, pese a lo cual el PSOE de Felipe González siguió votando «no» cuando se reanudó la votación), dos mociones de censura derrotadas (las de González en 1980 y la de Hernández Man-

cha en 1987), y cinco presidentes fueron investidos estando en minoría, teniendo por tanto que negociar apoyos parlamentarios (Suárez en 1977 y 1979, Calvo Sotelo en 1981, González en 1993, Aznar en 1996 y Zapatero en 2004 y 2008). Pero nunca había habido un candidato que se presentara al proceso de investidura sin tener asegurados los apoyos suficientes para conseguirlo.

Y, de repente, en menos de un año, hemos tenido un candidato que renunció, y no una, sino dos investiduras fallidas: Sánchez en marzo y Rajoy en agosto, al final de las cuales no fue posible el cambio a pesar de que alguno lo intentamos, a pesar de desearlo una inmensa mayoría de votantes y de estar representado por una abrumadora mayoría absoluta en el Parlamento. ¿Por qué?

Escribo este libro no sólo para narrar una historia, sino también para intentar evitar que se repita una situación en la que una mayoría de ciudadanos pide un cambio y éste es bloqueado por una minoría de políticos persiguiendo sus propios intereses de partido. Este libro cuenta una historia basada en hechos reales, en cosas que han sucedido y que están en la memoria colectiva. Son hechos importantes sobre los que está muy claro que todo el mundo opina, pero no tanto que lo haga con suficiente información en sus manos. Y también son hechos ocurridos hace tan poco tiempo que seguramente nos falta perspectiva para juzgarlos con equidad. Y, sin embargo, tenemos la urgencia de hacerlo, ni más ni menos, intentando discriminar entre quienes han actuado como pirómanos y quienes han intentado hacerlo como bomberos de una situación complicada e importante. Porque no todos son —ni han sido— iguales en esta historia, ni se han comportado de la misma manera. Y el lector tiene derecho a saberlo.

Éste no es un libro objetivo, ni imparcial. Ninguno lo es. Pero éste lo proclama desde el mismo momento en el que su autor ha participado de los hechos que cuenta. Ofrece, por tanto, mi visión, mi información, mi conoci-

miento de las cosas, aunque, para evitar un excesivo subjetivismo y como control externo, he recurrido a citar lo que decía la prensa del momento sobre los acontecimientos que se van relatando. También se incluyen en estas páginas notas, documentos, diarios y artículos que fui escribiendo sobre los asuntos aquí tratados.

* * *

Las cosas pudieron ser diferentes. En este libro intento explicar por qué fueron como fueron, cuáles eran las razones y los intereses que cada uno antepuso hasta llegar al resultado final: la primera vez que se fracciona el bipartidismo imperfecto que existía en España desde el inicio de la democracia, estalla la ingobernabilidad, que nos aboca al continuismo tras dos elecciones casi consecutivas.

Podríamos tener un gobierno que estuviera ya aplicando un Ingreso Mínimo Vital y un plan de choque contra el paro de larga duración, impulsando la digitalización de la economía, aplicando un plan integral de lucha contra el fraude fiscal y la economía sumergida, recuperando los niveles de gasto en sanidad y educación, articulando un impuesto extraordinario sobre la riqueza, desarrollando programas de conciliación entre la vida personal y laboral, suprimiendo los aforamientos, reforzando la despolitización de los órganos constitucionales, reformando la ley electoral o poniendo en marcha una ponencia para modificar la Constitución. Todos éstos son asuntos que concitan el consenso de una amplia mayoría de ciudadanos y que supondrían un importante salto adelante en nuestro nivel de renta, equidad y fortaleza institucional.

¿Quiere el lector saber por qué, en lugar de tener un gobierno que estuviera haciendo todo esto y más, estamos ante un nuevo gobierno de Mariano Rajoy? En este libro

doy una respuesta que refleja mis propias conclusiones de lo que he vivido, pero que intenta acercarse a la interpretación veraz posible.

Nada de lo que ocurre hoy en España y de lo que ha ocurrido durante los meses que analiza este libro puede entenderse sin tener siempre presentes las tres quiebras básicas que se han producido en nuestro sistema de representación política y electoral: la aparición de dos nuevos actores con importante representación parlamentaria; la conversión al independentismo del nacionalismo catalán, tradicionalmente pactista y forjador de mayorías de gobierno, y la diabólica espiral entre una creciente animadversión entre PP y PSOE que les ha impedido colaborar incluso en asuntos donde era razonable e imprescindible dicha colaboración, animadversión que, de manera paradójica, ha ido creciendo conforme se imponía entre los ciudadanos la idea de que ambos partidos eran lo mismo: el PPSOE.

Se puede decir que la acción conjunta de estos tres hechos —reflejo de un cambio profundo en el cuerpo electoral— ha significado que el sistema político surgido de la Transición y del consenso constitucional en España haya saltado por los aires sometido a este terremoto en tres fases. Ahí radica, precisamente, la novedad de la actual situación, que no describiría como excepcional ya que esto último presupone que, una vez superada la etapa de excepción, volveríamos a lo anterior. Y creo que ya es muy difícil la marcha atrás.

Recordemos algunos datos que conviene tener siempre presentes si queremos entender las actitudes y los comportamientos de los políticos durante este reciente período. El PP ganó con mayoría absoluta las elecciones de 2011 sumando casi los mismos votos con los que perdió frente al PSOE en 2008: 10.867.000. Ello fue posible porque entre ambas elecciones el PSOE se desplomó al perder más de cuatro millones de votos con Rubalcaba como candidato y pasó de 11.300.000 votantes a poco más de siete

millones. De estos cuatro millones de votos, apenas un millón engrosó la cuenta de IU y, recordemos, entonces aún no existía Podemos y los Anticapitalistas sacaron 22.000 votos: el resto fue a la abstención. A la hora de buscar explicaciones a este hecho, pocas dudas puede haber de que la gestión de la crisis por parte del gobierno de Rodríguez Zapatero generó mucho descontento entre una parte importante de sus votantes, ni de que de ese descontento nace y crece Podemos.

Sin embargo, las elecciones de 2015 son las que expresan esa ruptura en el cuerpo electoral de una manera más clara, ya que el descontento social se extiende también hacia el PP (pierde más de tres millones de votos y la mayoría absoluta), a la vez que encuentra su canalización en dos nuevos sujetos políticos que surgen *ex novo*, pero con fuerza en la Cámara: Podemos, con 5.530.000 votos, y Ciudadanos, con 3.500.000 votos. Este hecho va a ser determinante durante el período analizado porque no sólo rompe la lógica con la que había funcionado, hasta entonces, el bipartidismo imperfecto existente desde la Transición, sino que condiciona a los dos grandes partidos tradicionales, que ven, ahora, como una parte importante de sus acciones debe analizarse en función de la existencia de los dos nuevos agentes en el sistema: el PP intenta recuperar voto que se le ha ido a Ciudadanos, y el PSOE hace lo mismo con votantes «suyos» que han migrado a Podemos, algunos después de pasar temporalmente por IU.

La segunda quiebra se ha producido entre los partidos nacionalistas y su relación con los partidos centrales del sistema. Para formar gobierno han sido necesarias negociaciones parlamentarias entre varios partidos seis veces, en los años 1977, 1979, 1993, 1996, 2004 y 2008. En todas las ocasiones se contó con los partidos nacionalistas catalanes y vascos para la investidura y la gobernabilidad. Nunca —ni siquiera cuando el intento de golpe de Estado de 1981 interrumpió la investidura de Calvo Sotelo— y bajo ninguna

fórmula, el primer partido de la oposición había apoyado la investidura del candidato del partido más votado. La diferencia ahora, tanto en las investiduras fallidas de Sánchez y Rajoy como en la exitosa de este último, ha consistido en que ninguno de los candidatos ha buscado ese respaldo de la segunda fuerza. Ésa es una peculiaridad de nuestro momento político a la que nos hemos acostumbrado como un dato del problema, pero que podría no haber ocurrido así. Como ejemplo: Rajoy ha buscado el apoyo del PNV para aprobar los Presupuestos Generales de 2017, pero no lo buscó en su momento para su investidura como presidente del gobierno.

La tercera quiebra ha sido la de las relaciones normales entre los dos grandes partidos que tradicionalmente tienen opciones de gobernar. En los últimos años y —estoy convencido— como consecuencia de análisis electorales a los que volveré, la relación entre PP y PSOE ha alcanzado niveles absurdos de confrontación. Incluso, en asuntos considerados «de Estado», como la lucha contra el terrorismo etarra (¡las cosas que, por puro electoralismo, llegó a decirle Rajoy en el hemiciclo al presidente Rodríguez Zapatero!) o la negociación del nuevo Estatuto catalán o las medidas impuestas por Bruselas para luchar contra la crisis económica de 2008..., recordemos que el paquete de medidas de mayo de 2010, en plena amenaza de intervención exterior, fue votado en contra por el PP, de nuevo, por puro electoralismo.

Esta estrategia de confrontación abierta, aplicada a otros asuntos que requerían de consensos para salir adelante con estabilidad (reforma educativa, reforma de las administraciones, reforma de la justicia, etcétera), llegó a bloquear España (de ahí el título de mi libro de 2011, *Para desbloquear España*, Barataria) y asentó dos ideas entre los votantes: que en el fondo PP y PSOE actuaban igual y que ambos eran incapaces de resolver adecuadamente los problemas del país. El ejemplo más claro se produjo cuando el

gobierno de Rodríguez Zapatero decidió subir el IVA y Rajoy recogió firmas para oponerse para pocos meses después y ya en el gobierno subirlo él mismo y el PSOE oponerse desde la oposición.

Para acabar de ilustrar las quiebras en las que se desenvuelve hoy en España la acción política —sin necesidad de entrar en cómo la elevada corrupción ha golpeado la credibilidad de los gobernantes hasta el punto de convertir a los políticos en uno de los principales problemas del país, según todas las encuestas—, no puedo dejar de citar la brecha entre jóvenes y mayores a la hora de expresar sus preferencias electorales: entre los menores de treinta y cinco años ganan los nuevos partidos (Unidos Podemos y Ciudadanos), mientras que entre los mayores de sesenta y cinco arrasan los partidos tradicionales (PP y PSOE). Afinando un poco más, entre los menores de cuarenta y cuatro años la primera opción electoral es Unidos Podemos y la segunda el PSOE, mientras que entre los mayores de cuarenta y cinco años la primera preferencia clara es el PP.

Con esos mimbres hubo que intentar un acuerdo para formar gobierno tras las elecciones del 20 de diciembre de 2015. Y creo que todo lo que ha pasado desde entonces hasta la nueva investidura de Rajoy ha estado determinado por estas quiebras en nuestro sistema y por las diferentes visiones y estrategias para afrontarlas de unos y otros.

A la hora de gestionar una realidad política y parlamentaria tan fragmentada se impusieron vetos y se articulaban «pinzas» de intereses cruzados. Eso es lo que ocurrió aunque a quienes apostábamos por el cambio de gobierno y de forma de hacer política no nos pareciera la mejor estrategia para conseguirlo. Era evidente que los tradicionales bloques ideológicos de izquierda y derecha no sumaban para formar mayorías suficientes, ni eran adecuados para gestionar un momento político de tanta complejidad. De hecho, se ha acabado imponiendo una solución transversal aunque no fuera la que algunos preferíamos.

Pero hubo opciones. Las cosas hubieran podido salir de manera diferente si los agentes implicados —personas y grupos políticos— hubieran hecho una lectura distinta de la situación para priorizar otros intereses y otras actitudes. Pudo haber un gobierno de cambio en marzo presidido por Sánchez, pudo haberse negociado la abstención socialista con el PP en agosto, pudieron haberse convocado terceras elecciones que cambiaran el panorama lo suficiente como para obtener otro resultado. Lo que en ningún caso hubiera podido existir es el llamado «gobierno Frankenstein» entre PSOE, Podemos e independentistas, por dos razones: porque Sánchez lo rechazó en marzo de 2016 y porque no hubiera podido sacarlo adelante en el Grupo Parlamentario Socialista en septiembre.

Intentaré explicar las causas, las razones y la lógica subyacente a lo ocurrido en estos meses fundamentales de la historia de España durante los cuales la casualidad me ha situado, a veces en primera persona, como agente de los acontecimientos, a veces en primera fila, como testigo y asesor, y siempre como un observador privilegiado. Prefiero esforzarme por encontrar explicaciones que por buscar culpables aunque los haya habido y no precisamente en oscuras e indemostrables conspiraciones de los «poderosos» en las que no creo, ni he visto.

* * *

En las aguas turbulentas en las que España ha navegado durante estos meses, Rajoy ha demostrado ser el mejor jugador, o al menos, el que mejor y con más suerte ha jugado sus cartas, quien mejor ha exprimido en su favor el conocimiento de las debilidades ajenas. Con una clara mayoría de diputados y de votantes en su contra, ha acabado por repetir como presidente del gobierno tras diez meses en funciones y, como le caracteriza, convirtiendo la inacción en la más poderosa de las acciones, como siempre han en-

señado los maestros zen. Creo que también es quien tuvo más clara su estrategia desde el principio y quien más ha estado dispuesto a arriesgar. Recordemos las críticas en el mismo seno del PP por la decisión, impulsada por su asesor Pedro Arriola, de dar la espantada y no acudir a la primera investidura como medio de colocar a la alternativa ante sus propias contradicciones. Pudo no salirle, pero le salió. Eso sí, con la inestimable ayuda de Pablo Iglesias.

Fue Susana Díaz quien utilizó, ya en la campaña de las elecciones del 20 de diciembre, el concepto de «pinza» entre Podemos y el PP para impedir un gobierno socialista, como así acabó ocurriendo cuando ambos votaron «no» a la investidura de Sánchez en marzo. En un acto electoral en Torremolinos, Susana Díaz dijo: «La pinza de hace veinte años se va a repetir ahora». Aludía entonces a la concurrencia de intereses de José María Aznar y Julio Anguita en los años noventa con el objetivo de acabar con el gobierno socialista de Felipe González, que fue conocida como la pinza entre los extremos para destruir al centro. Permítanme desarrollar un poco el trasfondo de esta hipótesis porque me parece fundamental para entender lo ocurrido en 2016.

En 1993 Aznar pensaba que, tras convertir Alianza Popular en el PP y sustituir en su liderazgo a Fraga, superaría el techo electoral de este último y ganaría unas elecciones que se convocaban en plena crisis económica, tras los fastos del 92. No sucedió. A pesar de todos los problemas que arrastraba el gobierno socialista de la época, el nuevo PP tampoco parecía capaz de vencerle en las urnas. Los asesores electorales de Aznar, entre los que ya se encontraba Arriola, analizaron un dato sociológico que una y otra vez repetían las encuestas: desde 1976, los españoles se autoubicaban ideológicamente en el centro izquierda. En una escala de 0 (extrema izquierda) a 10 (extrema derecha), una mayoría se colocaba entre el 4,5 y el 4,9. Además los encuestados ubicaban muy cerca de ese entorno mayoritario al PSOE (entre el 3,8 de 1978 y el 4,1 de 1989), mientras